

ELIK G. TROCONIS
Universidad Complutense de Madrid

82

CUATRO, CUATRO VECES



Abandonábamos la vida porque ella nos había abandonado ya, al impedirnos ser el uno del otro.

Horacio Quiroga, *"Más allá"*

Es cierto, Señor, que era yo quien lucía fuerte, pero en realidad era ella la valerosa. En su persona una decisión tomada equivalía a una acción llevada a sus últimas consecuencias. En mí, en cambio, el espíritu es débil y apenas tengo la determinación para oponerme a cualquiera. Por eso, cuando su padre aguardaba mi llegada en la puerta de la casa, tan pronto como lo avistaba, prefería volver mis pasos a las amplias avenidas y guarecerme en la catedral, el único sitio donde podía hallar consuelo. Su familia no escondía sus sentimientos hacia mí. “De facha repugnante y sin futuro”... así me calificaban desde la abuela hasta el menor de los hermanos. Todos censuraban nuestras pretensiones y no había nada que yo pudiera hacer. Pero Lucía... ella siempre tenía la última palabra.

Leí su carta con temor, debo admitirlo. Desde el momento en que vi a su sirvienta –nuestra única cómplice– detenerse frente a mi puerta con un sobre en la mano, pensé en lo peor y me persigné. El miedo a lo que podría encontrar ocasionó que debiera releer cada línea en mi cabeza antes de avanzar a la siguiente. Relataba el último enfrentamiento con su padre. “Preferimos verte muerta antes que en los brazos de ese hombre”, había sido la condena final. Y ella decidió aceptarla.

Aparté la misiva y me levanté del escritorio. Habíamos forjado un vínculo tan hondo, que no necesité seguir leyendo para saber lo que vendría después: Lucía no moriría por amor, sino para el amor. Diría que, si no podía querer en esta vida, lo haría en la otra, pero –por supuesto– para amar se necesitan dos personas, aquí o allá. Antes de fijar mis ojos en el papel nuevamente, observé mi alrededor. Extrañé, desde entonces, el terciopelo del sillón y el tapete flamenco teñido con grana cochinilla, que pronto deberían convertirse en simples y vanos recuerdos de mi vida, de la vida.

Lucía terminaba la carta expresando que estaba dispuesta a todo con tal de preservar lo nuestro. Sin embargo, depositaba en mí la más funesta de todas las tareas. Reconocía que no sería capaz de quitarse la vida. “Luis, sólo tú puedes hacerlo. Sólo tú harás eterno lo que hoy es temporal. Tuyo será mi último aliento. Arrebátalo de mis labios de la forma en que desees y después, sin variar el método, sígueme al lugar donde podremos estar juntos sin que nadie juzgue lo que sentimos.” ¡Cristo bendito! ¿Alguna vez alguien había depositado en el prójimo tanta confianza?

Era un acto de fe lo que ella me pedía, convencida de que yo mismo le abriría las puertas del Edén. Yo la amaba, por supuesto que sí, pero la quería aquí, conmigo, de carne verdadera, porque allá no se puede amar, porque se necesita la vida para amar como Tú, Padre, has dispuesto.

Deseé trasladarme a su habitación para hablar con ella, mas sabía que no tendría el valor para comunicarle lo que pensaba. ¿Cómo decirle que no la quería lo suficiente como para cometer el pecado de quitarme la vida? Escondería la mirada, cual can que sabe que ha decepcionado a su amo, cuando Lucía me preguntara si no la quería en la misma medida que ella a mí. Pero es que, Señor, ¿en qué pensaba ella? Dejaría yo una familia en desgracia, preocupada porque su primogénito no recibiría los santos óleos, ni siquiera la bendición del sacerdote, y, sobre todo, no sería admitido en el Reino de los Cielos por la osadía de haberse quitado lo que Tú le habías dado. Lucía no escucharía razones. A pesar del número de monjas y párrocos que su familia había consagrado a tu servicio, ella permanecía ajena a los motivos celestiales.

¿De qué nos serviría la muerte si nos condenábamos desde esta vida? Ella esperaba habitar un limbo entre nuestro mundo y el Reino de Cristo, una especie de pompa etérea donde nos amaríamos aislados de todo lo demás. Pero el limbo lo tienes reservado a las criaturas que han perdido la vida antes de tener oportunidad de ser bautizadas. ¿Cómo podríamos amarnos entonces?, ¿qué objetivo perseguiría nuestra trágica acción?

Tomé el crucifijo que mi madre me había obsequiado en mi primera comunión y me dirigí a la catedral de esta, tu ciudad Puebla de los Ángeles, a pedir tu consejo; o, mejor dicho, tu consuelo. Mientras me acercaba al templo, vi sus dos torres, imponentes, que han estado y estarán ahí durante décadas, quizá siglos. Me reprendí a mí mismo: era eso lo único que deseaba Lucía: estar juntos por la eternidad, que sólo Tú concedes.

La luz de los cirios derretía las columnas salomónicas. Me hincé bajo el cobijo de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. Y recé. Pero no te escuché, Padre, y mi espíritu fue débil. Tan pronto como miré el rostro sagrado de la Virgen María en el altar principal, pensé en mi Lucía y en la forma en que ella pretendía renunciar a la vida por defender nuestra unión, tal como Cristo, tu hijo, se sacrificó por nosotros. ¡La vida, Señor! Lo

¿De qué nos serviría la muerte si

nos condenábamos desde esta vida?

único que realmente poseemos, lo único sobre lo que nos has conferido libertad. ¿Qué demostración de entrega más grande que aquella puede existir?, ¿no es acaso merecedora de nuestra consagración la persona que da la vida por nosotros?

Me marché de tu santo templo a los ojos de los evangelistas y me apresuré a casa, bajo la lluvia de una tarde encapotada. ¿Cómo había podido dudarlo? Nuestro compromiso lo habíamos sellado Contigo como testigo a pesar de toda oposición. Peor penitencia me impondrías Tú por desairar a un alma tan noble como la suya. Di respuesta rápida a la misiva, citándola al día siguiente en la posada más lejana a su hogar para que nadie tuviera oportunidad de intervenir en nuestro destino.

Llegué antes de lo acordado. Dejé sombrero y capa sobre una silla, y me dediqué a grabar en la puerta de nuestra habitación la leyenda "Prov 3:3-4". Ella arribó puntualmente a las diez de la noche. Preguntó por la inscripción y yo, jubiloso, le respondí: "Que nunca te abandonen el amor y la verdad: llévalos siempre alrededor de tu cuello y escríbelos en el libro de tu corazón. Contarás con el favor de Dios y tendrás buena fama entre la gente."

Cerramos la puerta y nos reunimos en un único abrazo que pareció devorar la eternidad. Sus mejillas estaban heladas, ya por el frío de la noche, ya por el miedo. Me preguntó cómo procederíamos. No había tiempo que perder; cualquiera podía habernos seguido. Abrí la pequeña caja en la que cargaba los dos frascos de veneno, al lado de mi viejo crucifijo. Me miró; no murmuró una sola palabra y, sin embargo, delectó el alfabeto entero. Yo sólo asentí con la cabeza. Nos recostamos sobre la cama. Tomé el primer frasco; dosis suficiente para una persona. Se lo extendí, pero ella refutó: "Hazlo tú." Y, tras mi silencio, agregó: "Estoy en tus manos." Me miró de nuevo; expresó en silencio un juramento de amor en la vida eterna. Acerqué el frasco a su boca y con la otra mano incliné su cabeza delicadamente hasta verla ingerir la última gota.

No había querido prevenirla sobre la forma en que actuaría el veneno. La muerte, entonces, la abrazó desprevenida. Gimió ante la incapacidad de respirar, aunque pronto cedió, acogiendo su destino y el futuro que la esperaba a mi lado. Sus ojos claros mutaron hasta oscurecerse. Su mirada permaneció fija en mí. Su boca apacible, casi una sonrisa en mi mente.

Llegó el momento. Llevé mi mano a la caja para tomar el otro frasco, pero al deslizar los dedos por el interior, rocé el crucifijo. Lo contemplé un segundo. Fue suficiente para recordar el día en que lo recibí de manos de mi madre en un jardín de frondosos eucaliptos. "Ahora eres un hombre de Dios, Luis." Sí, lo era, lo había sido toda mi vida, incluso cuando abandoné el seminario al pensar que no haría una labor digna de ti, Señor. Mis hermanas corrían sobre el pasto de aquel lejano recuerdo. ¿Qué sería de ellas? La ignominia caería sobre cada miembro de la familia. Mis padres, los padres de un suicida, serían marginados y nadie querría casar con mis hermanas a pesar de su belleza. Yo, yo mismo, asesino y suicida, vagaría errante por las tierras de Nod *in saecula saeculorum*, mientras que Lucía, inocente de todo pecado capital, disfrutaría el Paraíso y así, a pesar de nuestros desahuciados esfuerzos, seguiríamos separados, llorando nuestra soledad.

No podía hacerlo. Tomé el crucifijo de la caja y arrojé lo demás al piso. El veneno se derramó, sellando definitivamente el futuro. Giré al otro lado y encontré el rostro de Lucía. Me contemplaba con la misma sonrisa que unos momentos atrás: la sonrisa de la promesa de nuestro amor eterno, que manifestaba la fe en que yo haría lo único que ella me había pedido. Y yo, ahí, a su lado, apenas a unos dedos de distancia, había impedido el desenlace de nuestra historia.

Miré al frente con tal de evadir su mirada. No lo resistía. Ella había confiado en mí y yo la había defraudado. "Luis, sólo tú puedes hacerlo. Sólo tú harás eterno lo que hoy es temporal." ¡Qué decepción debía sentir ella en aquel momento sin importar dónde se encontrara! Seguramente me observaba, llorando el río de lágrimas envenenadas que yo no había tenido el coraje suficiente para beber.

Lo dije antes: en mí el espíritu es débil y apenas tengo la determinación para oponerme a cualquiera. ¿Cómo enfrentarte a ti, Padre, desde las llamas del Infierno?, ¿cómo resistir el dolor que le causaría a mi madre y a mis hermanas el suicidio del hijo mayor?, ¿cómo combatir el rechazo de la sociedad que castiga al pecador? Pero ella... Ella había confiado en mí y yo la defraudé. Había sentido en mi carta toda la determinación que necesitaba y dio por seguro que los dos nos encontraríamos en la otra vida y ahí, libres, continuaríamos nuestro idilio. Había entrado a la habi-



tación, ciega de amor y de fe; no había preguntado si yo estaba seguro. Para ella no había duda alguna. Pero yo sólo pude acobardarme y negarla como Pedro a su Señor.

No lo resistí: la miré. Encontré sus labios tranquilos y sólo pude pensar que su alma, a pesar de todo, estaba alegre porque yo no hubiera destrozado a una familia. Lo entendía y, como me amaba, no me lo reprochaba. Aceptaba su muerte en vano con tal de verme aliviado, aun cuando yo no había sido capaz de renunciar a la vida por ella.

Salí de la habitación y acudí con el dueño de la posada. Le dije que Lucía se había quitado la vida aprovechando un fugaz descuido mío. Al llegar al lugar, preguntó antes por la inscripción en la puerta que por el cadáver. Se lo atribuí a Lucía, no sin vergüenza. Al poco tiempo arribó el alguacil y me sometió a escrutinio. No podría repetir sus preguntas porque sonaban lejanas, como provenientes de otra habitación. Yo únicamente miraba el suelo, en el lugar exacto donde un charco, sólo distinguible por mis ojos, perforaba la madera y goteaba hasta el noveno círculo.

Salí de la habitación más tarde de la medianoche, sabiéndome, a pesar de todo, triplemente pecador: asesino y dos veces mentiroso. Antes de que llegara la familia de Lucía, tomé mi capa, pero dejé el sombrero. Los sombreros, decía mi padre, sólo los usan los caballeros. Y los caballeros tienen palabra.

He permanecido en mi habitación durante días. No siento hambre y el agua me recuerda al líquido que nunca ingerí. No asistí al entierro de Lucía; a diferencia de todos, sé que ella no se encuentra en la otra vida: está en el limbo, aguardando mi llegada, ya sea para cobijar mis penas entre sus brazos o para darme la espalda y abandonarme a mi suerte de pecador.

Ahora, en breves suspiros, seré cuatro veces pecador. Me impongo el castigo de Judas en este funesto momento, incapaz de enfrentar la culpa. Entregué a mi señora a la muerte y creí que podría vivir, pero esta soga que tensó a mi alrededor da fe irrefutable de que no puede seguir adelante quien carga con el peso de actos pecaminosos, imperdonables, irredimibles.

Te lo ruego: tenme en tu gloria, Señor.